

ANIVERSARIO

Arrate Egaña

El pasado 4 de enero se cumplió un año del fallecimiento de Obdulia Escudero, maestra de las escuelas llamadas "nacionales" desde la posguerra hasta hace dos días, oficio que ejerció durante muchos años en Lezo y Rentería. Además de ésta, su gran vocación, fue madre de tres hijos y dos hijas, y abuela y bisabuela de numerosos biznietos y biznietas; sujetos, todos ellos, con quienes continuó impartiendo implacable su saber, especialmente con los más pequeños.

Han sido tanto discípulos como familiares quienes solicitaron esta evocación, por lo que, habiendo compaginado ambas condiciones para con la finada –y de manera intensa–, me veo empujada a recrear en este breve escrito su recuerdo.

Acudo, sin éxito, a las diversas elegías que autores más o menos célebres han elaborado durante años, sin conseguir identificar a mi abuela con ninguno de sus personajes: el texto no va dirigido a un padre heroico de pie quebrado, ni a una hermosa joven como la Teresa desesperada de Espronceda; tampoco a una princesa junto al Duino, ni a un buen amigo. Y, sin embargo, ella algo tuvo de heroica, de hermosa, de padre, princesa y amiga.

Tampoco me considero la persona más indicada para redactar una *laudatio* en toda regla, si bien no puedo evitar elogiar a aquella enorme mujer de 1,50, para quien la vida no fue nada fácil, como para la mayoría de los perdedores de la guerra española. Cabe tener en cuenta a aquellas personas que la ayudaron a salir adelante, entre las cuales menciono a sus hijas e hijos, para quienes debería hacer extensible este modesto homenaje.

Hubo quien la tildó de "abuelita", pero ésos no tenían ni idea de cómo era. Para quien la conocía de verdad, nada en ella podía evocar a la apacible ancianita que deja escapar la vida plácidamente sobre una butaca, con sus gafitas, su pelo blanco y en zapatillas. A ella le gustaba vestir colores de moda, calzó zapatos de tacón hasta el final y, aunque solía tejer, hacer ganchillo y demás actividades que se le suponen a una persona de edad avanzada, se parapetaba con el periódico hasta terminarlo y

siempre había libros en su mesilla de noche. Su edad no le impidió viajar a menudo para visitar a sus parientes, o gobernar a sus allegados como si de mocosos detrás de un pupitre se tratara.



¿Quién ha dicho que las "personas mayores" no pueden ser activas, ruidosas, inteligentes, embrolladoras, poderosas o divertidas? Ella –y muchos como ella– era todo eso. La enfermedad la dejó fulminada cuando se estaba peinando para salir a la calle, algo que hacía a diario. Nunca se situó al margen de la vida, todo lo contrario, siempre estaba en el centro de la misma, al cabo de cualquier problema, celebración o circunstancia de interés.

Mis recuerdos de infancia se unen indefectiblemente a ella y, lo que es mejor, la de muchas otras personas que conozco; Lourdes Baeza o Valentín Dehesa, por mencionar a un par de amigos, la tuvieron presente en sus primeros años de escuela. Y es que, como ya he dicho, la escuela fue, su segunda casa –cuando no la primera–. Por eso se jubiló tarde, ya con 75, si bien siguió haciendo vida social, en la parroquia de Iztieta o con amistades de la vecindad; nunca, en el hogar del jubilado, del que huía porque, decía, estaba lleno de personas mayores (ella, que murió con 96 años).

No me queda más que agradecer a todas esas personas que la recuerdan, que me paran en la calle para hablar de ella, que han reparado en el peso –aparentemente ligero– de su ausencia, que comparten conmigo, en definitiva, el sentido de esta conmemoración.

